



La
chica
del
andén
de
enfrente

Jorge
Gómez
Soto

Gd
gran angular

Primera edición: noviembre de 2000

Edición ejecutiva: Paloma Jover
Coordinación editorial: Paloma Muiña
Coordinación gráfica: Lara Peces
Cubierta: Javier Jaén

© Jorge Gómez Soto, 2000
© Ediciones SM, 2015
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE
Tel.: 902 121 323 / 912 080 403
e-mail: clientes@grupo-sm.com

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*A todos mis amigos.
A los que no vuelva a ver.
A los que conozca mañana.
Y a todos los que haga este libro
por su cuenta.*

1

EL MURO Y EL MUÑECO PARLANCHÍN

Miguel

Lo de que mi hermano gemelo y yo somos iguales ya no se lo creen ni los pesados que me señalan con el dedo y me dicen, como si estuviesen haciendo una gracia: «Tú eres Eduardo, ¿verdad?». Me dan ganas de estrangularlos, aunque sean familiares cercanos. ¡Qué voy a ser Eduardo! Soy Miguel, ¿tanto cuesta darse cuenta? Miguel: M-I-G-U-E-L. ¿La gente es tan lerda como para no saber diferenciarnos? Somos casi iguales físicamente, lo admito, pero basta con observarnos durante unos segundos para darse cuenta de quién es quién. El que viste aún con la ropa que le compra mamá, el que no se integra con la gente, el que se pone colorado cada vez que una chica se acerca a cinco metros a la redonda es él y no yo. Basta ya de «¿y tú quién eres?». Lo peor de todo es que parece que a mis padres les sigue haciendo gracia la broma, y cada vez que alguien la suelta, se ríen como si fuese la primera vez que oyen semejante ocurrencia. Llevo diecisiete años buscando alguna ventaja a tener un hermano gemelo, y a este paso me iré de casa –o se irá él– y me quedará sin saberlo. La gente cree que es un chollo, que puedes compartir la ropa, inquietudes, suplantar la personalidad del otro en exámenes o citas con chicas, pero eso no son más que mitos. En realidad, si alguno de mis ligues se encontrase con mi hermano en lugar de conmigo, sufriría un trauma que

fácilmente derivaría en un estado de pesimismo permanente. «¿Cómo alguien tan brillante puede convertirse en alguien tan gris de un día para otro?», se preguntaría mientras piensa una excusa creíble para salir del paso de la forma más decente posible y abrirse antes del primer bostezo. Con respecto a los exámenes, tampoco serviría de mucho: Eduardo es casi tan zopenco como yo. ¡Qué casi, mucho más! Es verdad que yo saco peores notas que él, pero es que por cada minuto que yo paso en mi cuarto, él se tira una hora en el suyo. El tío adora su habitación, es como su santuario privado, mientras que para mí no es más que un sitio para dormir, oír música cuando en la tele no dan nada interesante o hacer que estudio con un manga o una revista porno debajo del correspondiente libro de texto. Lo de mi hermano con los libros es algo preocupante. Ayer nos dijo el profesor de Matemáticas que las estadísticas son curiosas, ya que si uno tiene cien mil monedas y otro cero, resulta que estadísticamente ambos tienen cincuenta mil. Qué chollo para el pobre, aunque ya me gustaría verle comprando algo con dinero estadístico. Ande, buen hombre, márchese a una tienda estadística. ¿Y dónde hay una de esas? Todos se encogerían de hombros y el pobre abandonaría la tienda guardándose la calderilla en un bolsillo estadístico. Todo esto venía a cuento... ah, sí, para explicar que en mi cuarto hay, según esta teoría tan justa y distributiva, algo así como doscientos libros. Lo que sucede es que cuando voy a leer uno, me pasa lo mismo que al pobre en la tienda, que no está. Todos los que hay –alrededor de cuatrocientos– son de Eduardo. Todo lo que yo me gasto en salir por ahí, él se lo gasta en libros. Tiene una pared entera llena, y aunque su cuarto y el mío son de idéntica dimensión, el suyo parece mucho más pequeño. Yo, las pocas veces que entro, me siento incómodo, como pisando territorio extranjero, como si entrar en su

cuarto fuese salir de casa. Lo primero que me inquieta es la enorme estantería. Está nada más entrar a la derecha, y parece que todos los libros se fuesen a caer de un momento a otro. Eduardo dice que la estantería no está inclinada, pero no niega que desea que algún día se me caigan todos encima.

–Será la única forma de que entres en contacto con la cultura.

Lo peor de mi hermano, y mira que tiene cosas malas, es que va de guay, de incomprendido, de estar en otro nivel por encima del resto de los mortales, de pasar de todo aquello de lo que los demás no pasamos y de interesarse por lo que a todos nos aburre. En mi aún corta vida ya me he tropezado con más de uno así, aunque sin duda no tan exagerados como Eduardo. Los reconocerás fácilmente: son los que cuando todo el público sale del cine flipando con la película, dicen que a ellos les ha parecido un rollo; los únicos que no se ríen cuando el chistoso del grupo, yo, por ejemplo, suelta una parida grosera para crear buen rollo. Lo que no se conoce de estos tipos es que en casa son iguales. Estás tan tranquilo echándote una partida con el ordenador y se te planta enfrente; no dice nada, simplemente te mira con esa sonrisa inaguantable de superioridad que vale por mil frases del estilo «eres el ser más simple con el que me he cruzado en mi vida». Yo disimulo, hago como que no lo veo, pero siento cómo su mirada llega desde un lado del monitor y, por su culpa, siempre terminan matándome alguna vida. La verdad es que tengo ganas de perderle de vista cuanto antes, no me cuesta decirlo, aunque sea mi hermano. ¡Pero si es que no me ha dejado en paz ni el día en que nació! No había terminado de salir y ya estaba el otro empujándome con su cabezota. Y unos años después me dice que, aunque él haya nacido más tarde, legalmente es el mayor. Alguien

me tendrá que explicar algún día si eso es verdad. Lo peor de todo es que, cuando discuto con él, siempre encuentra algo diferente para que las últimas palabras ingeniosas sean las suyas, porque mi posterior réplica suele ser un insulto o un empujón. A cualquiera le podría parecer que odio a mi hermano porque le envidio, ¡ja!, el día que yo envidie a mi hermano mereceré compasión; hasta entonces, que nadie se confunda. Las cosas claras: podrá leer todo lo que quiera y llegar a ser brillante de vez en cuando, pero el que está vivo soy yo. Eduardo es un muro, un muro que separa dos terrenos abandonados. A sus pies no crece la hierba, los pájaros no tienen nada que picotear, un muro condenado a la erosión. ¡Pero basta ya!, que parece que estuviese pensando Eduardo desde dentro de mí, y solo faltaría eso. Un muro que separa dos terrenos abandonados... cómo se me habrá ocurrido esta chorrada.

Eduardo

Las personas suelen decirse las mismas cosas siempre que se reencuentran. Son así de simples. Mi padre es un consumado especialista en esto. Por ejemplo, siempre que ve al Tocho, el amigo más alto de Miguel –mide casi dos metros–, le dice: «¿Qué tal tiempo hace por ahí arriba?». Y cuando digo siempre es siempre, no se le escapa ni una. El Tocho ya no sabe si echarse a reír o a llorar. O el vecino del primero que saca a pasear al perro, pobre hombre. Ya está harto de ver cómo se acerca sonriendo su adorado vecino –mi padre– para, indefectiblemente, decirle al perro: «¿Qué, sacando a pasear al dueño? ¡Ten cuidado, no vaya a morder a alguien!». Reprimiendo sus impulsos de lanzarle al perro, mi vecino suele sonreír. El mundo está lleno de asquerosas sonrisas falsas y de cerebros vacíos. La sinceridad y la originalidad comparten tumba. Estoy harto de este tipo de comportamientos porque los he sufrido, y los seguiré sufriendo, en carne propia. Mis tíos segundos, las visitas, los profesores, todos tienen su frase preparada para cuando nos ven a Miguel y a mí juntos. El único gracioso y original es un paciente de mi madre, Rogelio, un maniaco depresivo de esos que un día no pueden ni saludar y otro se te ponen a largar y no encuentras el momento de escaparte. Pues Rogelio, el primer día que nos vio juntos, antes de entrar en la consulta que tiene mi

madre en casa, se puso al lado de mi hermano, se quedó mirando hacia un punto impreciso a mi lado, le dio un codazo a Miguel y le dijo: «No me veo reflejado, debo de ser un vampiro, ya me olía yo algo». Y cada día una nueva no menos ocurrente, siempre que esté en la fase alta de su penoso e infinito ciclo, claro. Últimamente, y como diría un taurino, se recrea en la suerte. Sabe que mi hermano y yo nos hemos acostumbrado a recibirle y se monta casi una coreografía. El otro día, sin ir más lejos, llegó con una gabardina y un paraguas a pesar del calor que hacía en la calle. Mezcla de risa y asombro en nuestras caras. Entonces él, ni corto ni perezoso, y desoyendo las reglas fundamentales de la superstición, abrió el paraguas en pleno salón, nos miró al uno y al otro y dijo: «Parece que han caído dos gotas». Estuvo original, no voy a decir que no, pero lo de las gotas de agua ya huele. Además, yo seré una gota de agua, pero mi hermano es una de calimocho. Estoy más que harto de mi hermano, podía haber nacido diez años antes o después que yo, o no haber nacido, fíjate qué fácil. Para seguir con lo de las gotas, él es el líquido que llena el vaso y la gota que lo colma al mismo tiempo. Miguel cumple todos los requisitos del perfecto idiota, no se deja ni uno. Menos mal, de todas formas, que no salimos siameses, unidos por alguna parte del cuerpo. Eso sí que habría sido un suplicio. Llevo diecisiete años aguantándole y no veo el día de perderle de vista. Lo peor de tener un hermano gemelo es que tú no eres del todo tú. A los ojos de los demás no soy simplemente Eduardo, sino uno de los gemelos. No me dejan ser yo mismo. Siempre que me ven, están viendo también a Miguel. Me acompaña hasta cuando no viene conmigo. Es demasiado. ¿Por qué tuvo que colarse ese espermatozoide que luego se llamaría Miguel en el mismo óvulo? «Eso es lo perfecto», escribió Unamuno, «una parejita de gemelos (...) que han estado

abrazados cuando no sabían nada del mundo». Es precioso, no lo voy a discutir, pero de perfecto nada. Yo creo que mi hermano y yo somos un reto entre cromosomas y genes: a ver si creamos dos seres absolutamente iguales físicamente y absolutamente opuestos en su forma de ser. Y de veras que lo han conseguido. Yo a Miguel le asocio con la palabra «fuera», y a mí con la palabra «dentro». Es algo muy simple pero que nos define muy bien en todo. Él es el simpático, el abierto, el gracioso, el centro del mundo, el que habla durante horas sin decir una sola palabra interesante... Su cerebro ha puesto un anuncio en el periódico solicitando un cuerpo que le dé algo de trabajo. Encima el tío se burla de que me guste leer y escribir.

–Estás perdiendo el tiempo –me dijo el otro día mientras se arreglaba para salir de juerga.

Yo levanté la vista del libro.

–Tienes razón, debería hacer lo que tú: arreglarme, salir, ponerme hasta arriba y volver a casa a gatas.

–Vete a tomar por culo.

–Te voy a tener que lavar la boca con jabón, y luego el calimocho te va a saber fatal.

–Eres un autista. Deberías decirle a mamá que te tratase.

–Sabes perfectamente que el paciente no puede tener vínculos sentimentales con el psicólogo. Teniendo en cuenta esto, al único que podría tratar mamá es a ti.

Pobrecillo. No hay un combate dialéctico que no le gane por KO. ¿Qué se puede esperar de alguien que te dice que no tendría una estantería tan grande como la mía, con tantos libros, porque hace el cuarto más pequeño? Podría intentar hacerle ver que sucede al contrario, que mi cuarto es tan grande que en él caben mares, campos de fútbol, parques, ciudades, naves espaciales, princesas que se peinan en la torre de un castillo junto al mar... En este cuarto tan pequeño, podría decirle, hay millones de personajes